

LA NOVELA  
DE HOY

Numero  
Almanaque

1930

1  
PTA

CONCHA ESPINA

**TIERRA FIRME**

W. FERNÁNDEZ-FLÓREZ

**EL HOMBRE QUE SE QUIERO**

**MATAR**

FRANCISCO CAMBA

**PIRATA DE CHARCO**

JOAQUÍN BELDA

**CASI TODAS SE**

**CASAN**

# EL LIBRO PARA TODOS

Colección que publica el libro de  
CINCO PESETAS, completo, por  
SEIS REALES

Primeros volúmenes:

**VOLVORETA**, de Wenceslao Fernández-Flórez.

**LA GUERRA CARLISTA**, de Ramón del Valle-Inclán.

**EL HOMBRE QUE SE REIA DEL AMOR**, de Pedro Mata.

**LAS FRONTERAS DE LA PASION**, de Alberto Insúa.

**EL PLACER DE SUFRIR**, de A. Hernández-Catá.

**LA BUSCA**, de Pío Baroja.

**LOS PURITANOS**, de A. Palacio Valdés.  
**DOÑA INES**, de "Azorín".

**LA BIEN PAGADA**, de El Caballero Audaz

**LA ESFINGE MARAGATA**, de Concha Espina.

COMPañIA IBERO - AMERICANA DE PUBLICACIONES, Príncipe de Vergara, 42 y 44. Librería FERNANDO FE, Puerta del Sol, 15. Librería RENACIMIENTO, Preciados, 46, y Plaza del Callao, 1. Madrid. Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1, Barcelona. Feria del Libro, Exposición Iberoamericana, Sevilla.

# LA NOVELA DE HOY

Director: PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

Oficinas: Príncipe de Vergara, 42 y 44. Apartado 33.

Año VIII || Madrid, 20 Diciembre de 1929 || Núm. 397

## Tierra firme

por

Concha Espina

## El hombre que se quiso matar

por

W. Fernández Flórez

## Pirata de charco

por

Francisco Camba

## Casi todas se casan

por

Joaquín Belda

Ilustraciones de PUYOL, VAZQUEZ CALLEJA,  
ONTAÑON y ERNESTO



Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.  
— EDITORIAL ATLANTIDA —  
Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15, Madrid.

EN EL PROXIMO NUMERO

PUBLICAREMOS

El poeta y la princesa

O

el Cabaret de la Cotorra Verde

por

PÍO BAROJA



ILUSTRACIONES DE  
PUYOL





## E N E R O

- |  |  |
|--|--|
| 1 M. La Circuncisión del Señor.        | 16 J. S. Fulgencio.                    |
| 2 J. S. Macario.                       | 17 V. S. Antonio Abad.                 |
| 3 V. Sta. Genoveva, vg.                | 18 S. La Cátedra de San Pedro en Roma. |
| 4 S. S. Aquilino, mr.                  | 19 D. Sta. Sara.                       |
| 5 D. El Dulce Nombre de Jesús.         | 20 L. S. Fabián, p.                    |
| 6 L. La Adoración de los Santos Reyes. | 21 M. Sta. Inés, vg.                   |
| 7 M. S. Julián.                        | 22 M. S. Anastasio.                    |
| 8 M. S. Luciano, pb.                   | 23 J. S. Ildefonso, arz.               |
| 9 J. S. Julián, mr.                    | 24 V. Ntra. Sra. de la Paz.            |
| 10 V. S. Juan Bucno.                   | 25 S. La Conversión de San Pablo       |
| 11 S. S. Higinio, p. y mr.             | 26 D. S. Policarpo, ob.                |
| 12 D. S. Benito.                       | 27 L. Sta. Eulalia.                    |
| 13 L. S. Gumersindo.                   | 28 M. S. Julián, ob.                   |
| 14 M. S. Hilario, ob. y conf.          | 29 M. S. Valero.                       |
| 15 M. S. Pablo, ermitaño.              | 30 J. S. Hipólito, mr.                 |
|  | 31 V. S. Pedro Nolasco.                |



## FEBRERO

- |   |  |
|---|--|
| 1 S. S. Ignacio.                        | 14 V. S. Valentín. mr.                         |
| 2 D. La Purificación de Nuestra Señora. | 15 S. S. Faustino y Jovita, hermanos mártires. |
| 3 L. El beato Nicolás de Longobardi.    | 16 D. de Septg. S. Elías.                      |
| 4 M. S. Andrés Corsino.                 | 17 L. S. Alejo de Falconeri.                   |
| 5 M. Sta. Agueda.                       | 18 M. S. Simeón, ob. mr.                       |
| 6 J. Sta. Dorotea, vg.                  | 19 M. S. Conrado.                              |
| 7 V. S. Romualdo.                       | 20 J. S. León.                                 |
| 8 S. S. Dionisio.                       | 21 V. S. Maximiano.                            |
| 9 D. Sta. Polonia, vg.                  | 22 S. La Cátedra de S. Pedro en Antioquía.     |
| 10 L. Sta. Escolástica.                 | 23 D. de Sexag. Sta. Marta.                    |
| 11 M. Los Siervos de María.             | 24 L. S. Matías, apóstol.                      |
| 12 M. Sta. Eulalia.                     | 25 M. S. Valero.                               |
| 13 J. Sta. Catalina de Rizis.           | 26 M. S. Fortunato, mr.                        |
|   | 27 J. S. Baldomero.                            |
|   | 28 V. S. Macario.                              |



## M A R Z O

- |   |   |
|---|---|
| 1 S. El Santo Angel de la Guarda.                             | 16 D. II de Cuar. S. Ciriaco.             |
| 2 D. de Quinc. Carnaval. S. Lucio.                            | 17 L. S. Patricio, ob.                    |
| 3 L. S. Emeterio.   | 18 M. S. Gabriel Arcángel.                |
| 4 M. S. Casimiro.   | 19 M. San José, esposo de Nuestra Señora. |
| 5 M. de Ceniza S. Eusebio.                                    | 20 J. Sta. Eufemia.                       |
| 6 J. S. Olegario.   | 21 V. S. Benito, abad.                    |
| 7 V. Sto. Tomás de Aquino, conf.                              | 22 S. S. Deogracias, pbro.                |
| 8 S. S. Juan de Dios, f.                                      | 23 D. III de Cuar. S. Victoriano, mr.     |
| 9 D. I de Cuaresma. (Cuadragésima.) Sta. Catalina de Colonia. | 24 L. S. Aganito.                         |
| 10 L. S. Crescencio.  | 25 M. La Anunciación de Nuestra Señora.   |
| 11 M. S. Eulogio.   | 26 M. S. Braulio, ob.                     |
| 12 M. S. Gregorio el Magno.                                   | 27 J. S. Ruperto, ob.                     |
| 13 J. S. Leandro, arz.  | 28 V. S. Cástor.                          |
| 14 V. Sta. Matilde.   | 29 S. S. Eustasio, abad.                  |
| 15 S. S. Longinos, mr.  | 30 D. IV de Cuar. S. Juan Clímaco, abad.  |
|   | 31 L. Sta. Balbina, v. y m.               |

**¿Quiere usted poseer por  
cinco pesetas mensuales una  
biblioteca completa?**

**SUSCRIBASE A LAS**

## **Bibliotecas Populares CERVANTES**

que publica **LAS CIEN MEJORES OBRAS  
DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, LAS  
CIEN MEJORES OBRAS DE LA LITE-  
RATURA UNIVERSAL Y LOS CIEN  
LIBROS EDUCADORES**

Por **CINCO PESETAS** mensuales recibi-  
rá usted **CUATRO LIBROS** todos los  
meses.

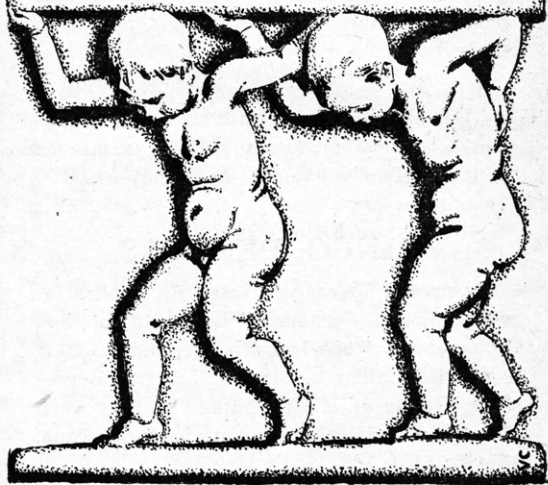
Obras todas ellas imprescindibles  
al **OBRAERO, EL HOMBRE DE  
NEGOCIO, EL SABIO, EL IG-  
NORANTE, LA MUJER MO-  
DERNA, EL VIEJO, EL JOVEN**

Diríjase escribiendo claramente su nombre,  
profesión y domicilio, a **COMPANÍA IBE-  
RO-AMERICANA DE PUBLICACIONES,  
PUERTA DEL SOL, 15, MADRID**

**SUSCRIBASE:** Obtendrá una hermo-  
sa biblioteca completa, integral, por

**CINCO PESETAS**

Concha Espina  
TIERRA  
FIRME



# EL METAL DE LOS MUERTOS

"*El metal de los muertos* es, hasta ahora, el libro más rico, en trascendencia social, de CONCHA ESPINA."

*Gabriel Alomar.*

"Es un libro que todos debieran hoy leer."

*E. Díez-Canedo.*

"¡Oh libro magno! Tú eres para los pobres un evangelio, un breviario para los que padecen hambre y sed de justicia, un blasón de belleza para la literatura universal."

*Antonio Zozaya.*

"Leí *El metal de los muertos*. Gustóme mucho. Es sobrio, conciso y preciso, trágico de verdad, sencillo, hablado. Está muy bien."

*Unamuno.*

## CINCO PESETAS

**Compañía Ibero-Americana de Publicaciones.** Librería **Fernando Fe**, Puerta del Sol, 15. Librería **Renacimiento**, Preciados, 46, y plaza del Callao, 1, Madrid. Librería **Barcelona**, Ronda de la Universidad, 1, Barcelona. Feria del Libro. Exposición Iberoamericana, Sevilla.



---

---

I

LOS PIES MENUDOS

**E**STABA muy solita Soledad. La austera significación de su nombre recogido, le ponía ya una aureola triste en la frente juvenil.

Sería largo y penoso de contar el porqué esta española bien nacida y criada en la Castilla marinera llegó a padecer una situación dramática en la república de Chile.

Allí ancló su vida, en un bandazo brusco de la suerte, y allí se quedó, sola y pobre, cuando acababa de tener un hijo.

Bordadora por lujo de educación, artista por temperamento, consiguió, a costa de angustiosas vigilia, una clientela suficiente para ganarse el pan, decorando pafuelos y mantelerías, ropas y tapices, con lindos monogramas, enlaces, flores y escudos de finísima gracia y novedad. Ella misma trazaba los dibujos, exóticos y

elocuentes, consiguiendo insospechados matices con los raros algodones y sedas que sabía combinar.

Llegó a tener fama su labor. En las tiendas de *trapos* (telas y modas) propiedad, casi siempre de españoles, solían verse expuestos en los escaparates con cartelitos de anuncio, los bordados inconfundibles de Soledad.

Entonces, para obtener el tiempo necesario a su obra, sin restárselo al nene, buscó una zagala, servidora y compañera. Y después de negarse a varios pretendientes, recibió a una india lenta y dulce, muy espectante, tostado el color, menuda de cuerpo, casi niña, como Soledad. Ambas se habían mirado sonrientes, algo alarmadas y sorprendidas, como diciendo cada una para la otra: —¡Qué joven es!...

El chiquitín, puesto entre las dos, influía mucho para cerrar el trato.

—¡Linda *guagua*—exclamó la indígena, absorta por la claridad de la tez y los cabellos rubios de la criatura—¿es gringo?

—No—repuso la madre—es un español nacido aquí.

—¡Ah... la señorita es de España!... Por eso conversa como nos—dedujo la moza pensativa, ausentes los ojos, abiertos sobre la realidad de muchas cosas que nunca había comprendido. Y añadió:—A ustedes acá les dicen godos, ¿por qué?

—Por no decirnos bárbaros—sonrió la señora sin acritud, expresivamente.

Pero la solicitante había entendido.

—Si es injuria no lo diré más—afirmó cuando le estaba ya preguntando.

—¿Cómo te llamas?

—Doralisa.

—Muy bien.

—Es nombre de novela ¿sabe? Acá nos gustan así.

De la cándida imposición brotaba un lirismo salvaje y ancestral, un lejano soplo de la Auracania indómita.

La chilenuita, que no sabía leer ni escribir, que todo lo ignoraba en el mundo, sentíase orgullosa de aquel nombre elegante y desconocido, suponiéndole un origen fantástico, la creación apasionada de un poeta. Y se quedó mirando con inocente gozo a la señora, que le puso en los brazos al nene. Estaba admitida. Había sostenido con atisbadores razonamientos la pueril conversación, y esta sola actitud le hacía un buen lugar en la casita humilde de la mujer y el niño.

Desde entonces la aguja primorosa, la sonrisa infantil y la ingenua altivez araucana, vivieron juntas, sentidamente, constituyendo una fuerza delicada y enorme bajo el corazón herido de Soledad, mientras ella temía a cada momento, que por lo alto y frágil se hundiera su tesoro.

Así fué: se hundió. Pero no a impulsos de una ráfaga cualquiera. No bastaron los vendavales, ni aun el huracán de la Vida, para sacudir las valientes raíces de aquella familia minúscula y endeble. Era preciso más que un ciclón humano, un accidente sísmico, la pugna del infierno desde las entrañas de la Tierra...

La instalación de Soledad, extraña como su fortuna,

se escondía en los términos de un barrio denominado el Almendral, céntrico en la población de Valparaíso, 1908. Pero la calle de Yungay pertenecía ya a la distribución urbana de almacenes comerciales: tapias sin huecos exteriores, gran portón para mercancías y vehículos, y hondo cuartel, interno, sin techar, adonde convergían las entradas y luces de las bodegas pertenecientes a un solo dueño en cada edificio. En uno de los cuales vivía Soledad: número 99.

Allí, en el fondo del abierto patio, sobre la línea de los almacenes, se alzaba un piso estrecho y largo, con buen sol, desde cuya relativa altura se veía un poco de mar. Era sólo una franja azul encima de los tejados, un grito de ilusión para la española hija de otros mares.

La oculta vivienda estuvo destinada para el administrador de la finca, especie de almacenero principal, que tenía en el bajo su oficina y sus quehaceres. Pero nunca aceptó la casa, porque alguien la supuso transida de ruidos misteriosos: arrastre nocturno de cadenas, crujido de hierros y maquinarias infernales, voces penitentes, llanto sin fin... Y la razón social dueña de aquellos depósitos mercantiles ofreció a la desvalida muchacha un refugio gratuito en las inútiles habitaciones. Todas ellas, cuatro, comunicadas entre sí, daban a una hermosa galería de cristales y tenían acceso por una escalera de caracol.

Soledad, muy advertida de la siniestra fama del albergue, acogióse a él con gratitud. No podía costear más que un mísero cuarto en los "conventillos" arraba-

leros, entre vecindades sórdidas: piezas oscuras, gentes insanas. Allí, en cambio, tenía aire puro, luz y sosiego, algún reposo en la constante inquietud de su destino. Y el miraje del mar y las nubes, como una doble orilla celeste en sus turbias lontananzas.

Estaba contenta del hallazgo; sobre todo desde el advenimiento de Doralisa, a quien deslumbró aquel escondite luminoso, el extenso fanal de la galería, los gabinetes claros, bien compuestos por la bordadora a expensas de su habilidad y donosura, inventando muebles, apurando recursos.

La india porteña no conocía nada semejante. Nunca había servido más que a los menesteres ruines de la cochacha donde nació, antes que muchos hermanos, cada uno de distinto papá. Y le llegaba como una liberación su acomodo junto a la extranjera, que la enseñó a ser limpia—no sin trabajo—, y le daba lecciones de lectura y religión.

—Ya sé todos los cuentos del Niño Jesús—le había dicho a Soledad con su nativo empaque de suficiencia. Y a menudo le hacía preguntas increíbles: —¿Hay en España flores y ríos? ¿Hay soldados que tocan la música, y playas, y mar?... ¿Sí?... Pero no habrá una plaza de la Victoria ni una iglesia del Espíritu Santo...

La señorita aprovechaba aquel sálvestre orgullo como un estimulante, para que la joven aprendiera un poco de geografía civil y la verdadera historia de Nuestro Señor.

---

Ya Doralisa parece otra mujer. No se ciñe su gra-

cioso manto chileno para cubrir la ropa desaseada, sino como un adorno sobre la pulcritud del traje, lavado y cosido. Hace progresos de lectura, comienza a escribir palotes y quiere a Soledad y al niño con veneración sublime como a seres excepcionales. Por ellos dejó sus relaciones con un cargador del muelle, indio tenaz, que la cortejaba en el suburbio ciudadano y la persigue en su nueva fase de civilización.

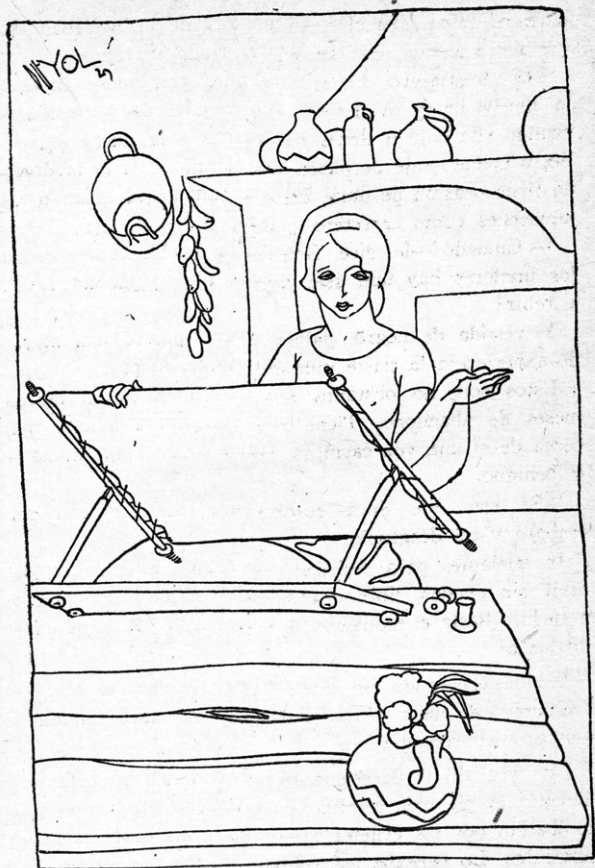
—¡ Es un roto maligno!— solía decir, pesarosa de haberse dejado camelar por él. Y el adjetivo humillante de "roto", gráficamente chileno, se lo aplicaba a Julián Bermúdez con mucha propiedad, pues casi siempre iba con jirones y descosidos en la mezquina indumentaria.

Pequeño, delgado, amarillo, de grandes ojos profundos, solapada la voz, el gesto moroso, Julián Bermúdez era un hombre insignificante, al parecer. Estaba enamorado de Doralisa y la deseaba suya, con doble empeño desde que ella le retiró su promesa de novia.

No; la doncella esmerada tiene más ambiciones. Capaz de sostener un libro a la altura del corazón, bajo la mirada conocedora, llena de finos gustos y de esperanzas nuevas, enrojece sólo al recuerdo astroso de Julián. Evita el trato con él y aun procura desanimarle haciéndole sospechar que tiene otro amor.

Precisamente el almacenero de la finca donde vive la moza tiene un hijo de buena apariencia, algo *futre*, es decir: medio señor. Un joven cultivado en corredurías y escritorios, que va y viene con papeles y telegramas, cobra facturas y hasta sale al puerto, algunas veces,





para recibir mercancías, en nombre de la Sociedad transportadora donde, con su padre, rinde servicios.

Este mensajero, Lucas Gil, mira con buenos ojos a la muchacha y la detiene con requiebros y blanduras cuando ella baja a llenar sus vasijas a la fuente del patio, o cuando sale de paseo con el niño. Así la favorecida tiene ocasión de darle celos a Julián, que acude a los almacenes como carretero y peón.

—¡Cuidado!—le dice Soledad a su doncella—; con los hombres hay que usar mucho tino. ¡Que no vayan a reñir!

Y vestida de negro, pálida, grave, parece una mujer de experiencia la triste niña sin rumbo ni paz.

Estos son, no obstante, sus días mejores en largos meses de abandono. Tiene una compañera adicta, oye cerca de sí una voz cariñosa, recibe algún calor humano y benigno.

—Si esto me dura—suspira—iré adelante con mi trabajo y mi desgracia...

Ir adelante, para Soledad, se refiere al milagro de vivir sin deudas, libre de bastardas solicitudes, criando a su hijo hasta el momento de volver a la patria. ¿Cuándo sería?

Estaba esperando un anuncio de regreso, el auxilio económico de unos lejanos parientes—su única familia—que prometieron llevarla.

Una vez allí le parecería su calvario más soportable; hincaría el pie más seguro en el terreno propio, menos combatido por las crueles aventuras y las derrotas desconocidas. Lo pensaba así contentadamente, sin dejar co-

rrer la imaginación, con miedo a la íntima esperanza: su juventud propendía a todas las ilusiones y la realidad le cerraba el paso a cada instante.

Su misma figura contribuye a intranquilizarla. Esbeltísima, cenceña, los trazos finos, tiene unos ojos aterciopelados y húmedos, de sombrío color y ancha rasgadura, dándole al semblante una claridad tibia y armoniosa, el fuego vivo que calienta sin quemar. Toda el alma se le transfunde así en la pulpa gozosa de la carne, y es imposible hallar a esta mujer sin detenerse en su contemplación.

Aquí, donde abundan los tipos de belleza femenina, cruce de razas con un poco de matiz británico, Soledad cautiva con su aire íntegramente español, lleno de esos dones inconfundibles que los suramericanos hicieron suyos por virtud de la humana semilla.

Con su vestido modesto, la castellana hace honor a la dignidad de su pobreza, pero no esconde la prestancia física ni consigue apagar la admiración ardiente de los hombres. Muchos la han solicitado con tentadoras ofertas, siempre inadmitidas, y la caravana de galanes continúa su impaciente desfile, motivo de una inquietud más para la joven.

Ella ignora el intrínseco amor, la única verdad de la vida, cuya planta da un eterno fruto. El trance brutal de su boda, seguido de la expatriación y el abandono, sin los antecedentes de un buen conocimiento personal, triste aventura de niña huérfana, dejó a la madrecita sólo entregada a un dolor: el de querer a su hijo.

No siente el desasosiego de otras ternuras, sino más.

bien la repugnancia del contacto matrimonial; el horror al hombre como individuo, como recuerdo de sevicias y abusos criminales.

Así la honradez castísima de Soledad se escuda en la creencia de que el Amor consiste en un miserable engaño de los instintos, lleno de oprobios. Desconoce todavía el gran sentimiento que conduce y empuja, "el *de-leite*, peso del alma", según definición de San Agustín.

Y aunque esta mujer saborea hoy el gusto de las cosas vivientes con saludable gracia, su potencia afectiva se reduce a la Caridad, inspiradora de sus actos. Su vida es aguda como el grito del deber; la madre percibe distintamente las voces del mandato divino, y la tierra repercute, con eco sonoro, bajo sus pies menudos.

---

---

## II

### LA LLAVE Y EL CLAVEL

**C**ALLE del general Cruz. Por aquí se consigue la de Yungay desde ésta, ancha y elegante, de la Victoria.

Pero el doblar de la esquina, un simple recodo en el camino, acelera nerviosamente el paso de Soledad.

Porque la bifurcación es oscura, solitaria, y un hombre sigue a la gentil bordadora, que viene de entregar su labor. Se le ha hecho un poco tarde.

—¡ Señorita!

La muchacha responde con su actitud inmovible y su marcha ligera.

—¡ Señorita, un momento; no corra tanto, por Dios!, ¡ si no deseo más que darle un clavel!... ¡ Mire qué lindo; parece sevillano!... Escuche...

Soledad vuelve un instante los ojos, sin querer, hacia la flor; pero no llega a distinguirla.

En cambio se convence de que su galán es aquel mis-

mo chileno, buen mozo, paseante de la Gran Avenida que corre junto al mar, al otro lado de los almacenes, donde ella suele ir con Alfonsito y Doralisa en alguna hora extraordinaria de vacación. Sabe que el joven se llama Arturo Medina, porque ha recibido con la tarjeta de él un espléndido manojo de rosas; y ha leído muchas veces aquel nombre en reseñas de festejos y crónicas de sociedad.

El porte, el rumbo y la distinción, le acusan como a persona de categoría entre la aristocracia, un tanto mercantil, de la ciudad. Pero no se repite el hecho de acoger sus regalos en la embrujada casita de las bodegas número 99. Y no por falta de intenciones y demostraciones, ya que el rondador insiste, a menudo, en sus propósitos galantes, a sabiendas de que Soledad vive de un mísero trabajo.

Esta noche se conforma con que le admitan un clavel.

La bordadora, causa de aquella persecución, teme la vergüenza de verse, acaso, confundida con otra clase de mujeres. Acude a todo su señorío para no impacientarse con exceso, y tiene ya en los labios una repulsa de severo desdén cuando nota que está junto a su casa. Toma del bolso una llave, fuerte y maciza, de harto peso, y se apresura a entrar en el negro túnel del portón.

Allí da un grito horrible. Es que un hombre se ha lanzado sobre ella; la retiene, la sofoca y le dice, a media voz, unas vengativas frases, apenas susurradas. Soledad reconoce las pupilas siniestras de Julián Bermúdez.

La amenaza espantosa dura un segundo... Está a su



lado Arturo Medina, que sujeta al atracador briosamente.

—¡Cobarde, bandido!... ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres,... di?

La muchacha, libre y trémula, no huye ni se mueve. Los dos hombres, cara a cara, se registran y miden con los ojos.

—¿Qué ibas a hacer, gandul?—recrimina aún el caballero, que no tiene armas, ni un bastón siquiera.

De pronto, en la mano torva del indio, reluce un acero.

—No insulte, patrón, mire que lo *subrayo*—pronunciaba Julián con lentitud, centelleante la mirada y el acento calmoso.

Lista y oportuna, Soledad alarga su gran llave al valiente paladín del clavel. Entonces Arturo Medina, como si hubiera recibido la espada invencible de Roldán, ataca, sañudo, a su contrario, le desarma y le rinde con audaces golpes del hierro defensor, y cuando le tiene sometido en las losas, le pone una rodilla sobre el pecho, como los clásicos vencedores de toda ruda pendencia humana, desde los tiempos fabulosos de Caín.

—¿Qué ibas a hacer?—repite jadeante, herido entre los dedos, sangrando sobre la ropa sucia.

—Naitita, patroncito—balbuce el peón, convirtiendo las ces en eses como su rival, arbitrario y meloso el lenguaje, merced a la blandura vernácula de la pronunciación y a la cazurrería plebeya del sujeto—. Esa goda me ha sacado a mi china; vine a pedírsela, no más. Déjeme, pues: ya me voy, mi amo.

—No, no; yo nada le quito a nadie—murmura Soledad pesarosa—. La niña que me sirve puede admitir al novio que prefiera.

—¿Sabe usted quién es éste?—le pregunta Medina.

—Sí; le conozco.

El vencedor interpela al caído.

—¿Volverás si te dejo ir?

—Si no me denunciáis vos—condiciona el astuto—no vuelvo nunca.

—¡Anda, bribón!—decide el señorito levantándose y poniendo a recaudo el botín de la navaja—. Ni que te denuncies mereces, por cobarde; pero ten en cuenta que esta señora y los que con ella viven, han de ser sagrados para tí. ¿Lo oyes?

—¡Cómo no!... Está bien.

Alzóse de un brinco Julián y le sesgó al contrario una mirada iracunda, como quien tira una piedra.

—¡Futre de...!—rezonga echando a correr. Va mascullando improperios, y sus pies, desnudos, repercuten con sordo latido en la calle vacía.

---

A la entrada penumbrosa de las bodegas permanecen quietos Soledad y su cortejante. El pregunta, con la voz todavía alterada por la reciente pelea:

—¿Se há asustado usted, mucho?

—Al principio, sí; luego no: gracias a usted—responde la muchacha atenta, pensando que ahora debe escuchar a su galante perseguidor. Le mira con dulzura—. Tiene usted el traje manchado de polvo, la corbata suelta, y lo que es peor, una mano cortada, ¿le duele? A ver.

Sólo entonces percibe Arturo Medina que sus dedos sangran y que le escuece un rasguño conquistado, sin duda, al desarmar al indio. Extiende con alegre petulancia la señal roja del combate; le anima el orgullo de aquel bautismo romanesco, de aquel dolor generoso ofrecido a la dama. Pero no lo hace valer con interesados fines, sino que asegura, modestamente:

—; Bah, un arañazo!... Eso no vale la pena de que usted se preocupe.

No obstante, Soledad examina, en lo posible, la rasgadura, que es somera y leve; restaña la sangre con su pañuelo y lo ciñe en forma de venda al sitio lastimado.

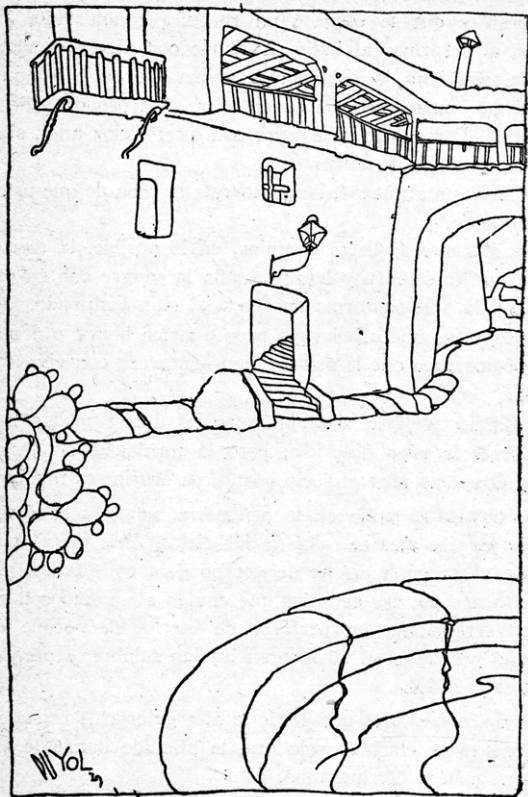
—Convienes que usted vaya pronto a una botica o donde un médico para que le asistan bien—encarece con viva solitud.

El herido dejaría siempre entre las dulces manos halagadoras la suya dolorida; pero la muchacha se despide, y él mismo abre el recio portón de crujientes fallebas.

Se ahonda el patio en la penumbra, mudo y solo, techado por las alas astrales de los cielos. Una fuerza poderosa vibra en la noche de verano dentro de aquel recinto, acaso por las estrellas que envían al mundo con su lejana irradiación un perfume de eternidad, porque el Océano yergue en el silencio su líquido salobre, o porque va a salir la luna.

Lo único cierto es que desde la alta galería de cristales cae una tenue claridad veladora, la humilde llama de un quinqué cebado con parafina.

—¿No tiene usted miedo ahí?—alude el joven, señalando con asombro el interior del edificio.



—Ninguno.

—¿Me permite acompañarla?

—No puede ser: nunca admito visitas, y menos a estas horas.

—Es que yo... la quiero mucho.

—No me conoce.

—La veo y la admiro.

—Sin conocerme no me puede querer.

—En la cara se le trasluce la inteligencia y la virtud.. Sé que lleva usted su nombre triste y bonito con mucho honor...

—¿Sabe también que estoy casada?

—No lo sabía.

—¿Y que tengo un hijo?

—Eso sí.

—Entonces ha pensado...

—Que era usted viuda—interrumpe Medina con precipitación algo cómica.

Pero ella deduce que miente; que la ha creído soltera, fácil y asequible, capaz de reincidir. Sonríe, un poco irónica, experimentada y tolerante, como una señora mayor.

—Seremos amigos desde lejos—dice, reiterando sus indicaciones de despedida.

—Aguarde usted; déjeme conocerla más para quererla mejor—suplica el muchacho. Y, conmovido, añade—¿De veras no es este lugar peligroso para una criatura como usted?... El atentado de esta noche se puede repetir.

—Tomaré mis medidas sobre ello—reflexiona Soledad—y nunca volveré tarde a casa, como hoy.

Arturo Medina trata de sondear la tiniebla del amplio

cuartel; pero no columbra más que perfiles de tejados y muros, todo quieto, atrozmente silencioso. Se estremece por la grácil mujer, tan delicada y hermosa que vive allí. Ella sonrío de nuevo, agradecida y adivinadora.

—No crea usted que soy la única habitante de las bodegas. Aquí tiene su domicilio también el carretonero guardián de la casa, “ño” José María, un viejín, buen hombre, que se acuesta al anoecer, lo mismo que su esposa. Y tenemos en las cuadras caballos, bastante relinchadores; hay en el edificio un cubil con gallinas y faisanes; un desván con palomas, un árbol, ahí en medio, que ha nacido por casualidad y alberga muchos pájaros. En cuanto amanece arman un guirigay de lo más precioso.

—¿Y por qué ahora todo calla?

—Porque todos mis vecinos están durmiendo.

Es tan natural y firme la expresión de la joven, entumera con tal garbo a sus compañeros de hospedaje; da tan puros testimonios de valentía, con sublime sencillez, que su admirador no puede menos de expresar:

—¡Bravas las españolas!

—Y los chilenos.

—¿Lo dice usted por mí?

—Justamente.

—¿Y qué nacionalidad atribuye al roto que le acaba de acometer?

La muchacha vacila un instante; luego define con lógica:

—La misma que a usted; y el origen idéntico. El se



llama Bermúdez; usted Medina; con que, todos “somos unos”, nacidos aquí o allá...

—Es cierto. Y si nos adultera el influjo de otra sangre—aduce el americano bajo la sugestión inmediata del “aquí”—lo mismo puede inducirnos al mal que al bien. El alma es, en todas partes, una posibilidad...

La niña bordadora, que no entiende de filosofías, sino de realidades, murmura otra vez:

—Adiós.

—Hasta siempre.

—Y mil gracias.

—¿Nada más?

—¡Ah, sí: *mi* clavel!—pide la joven en su deseo de parecer amable. Y el pronombre posesivo ilusiona a Medina, que en vano busca la flor; no parece. que en vano busca la flor; no parece.

Soledad ha encendido un fósforo largo, de madera, de los que usa para atravesar el patio y subir a sus habitaciones cuando se le anochece en la calle.

—¡Mire usted: ahí está!

Polvoriento, pisoteado, el clavel guarda su color sanguíneo y su aroma picante. La muchacha lo recibe, lo sacude con delicadeza y se lo prende en la blusa, cumplidamente.

—Lo voy a guardar—dice—para recuerdo de esta noche. El galanteador se considera feliz, estrecha una fina mano y aún persiste en el temeroso umbral después que rechina la llave del portón; hasta que se apaga en lo desconocido el roce de unos pies ligeros.

---

---

### III

#### EL MIEDO Y EL CANTAR

SOLA, en el espacio descubierto de los almacenes, la muchacha cruza intranquila el adoquinado sonoro y ve un lucero caído en el estanque turbio de la fuente. Cerrada la llave surtidora, quieto el remanso, queda inmóvil la reflejada luz, pálida como una muerta, y Soledad busca, instintivamente, el origen de aquel astro en el Cielo, que se ha convertido en una copa llena del vino claro de la Luna.

—Dios sabe cual será—suspira. Y sube los tramos que conducen al primer corredor de la casona, un ándito abierto que rodea el edificio sobre la primera línea de bodegas y da acceso a la segunda; es una especie de *bangaló* que sostiene por su lado oriental la galería cerrada del último piso. Los habitantes de arriba tienen que recorrer parte del gran balcón para conseguir su última escalera.

Todo el maderaje averiado de esta fábrica exterior,

cruje y se estremece con cualquier motivo: un golpe de viento, el taque brusco de una puerta, el paso leve de una persona, y ya están doliéndose las vigas, el tillo y el rastel.

Con frecuencia tales quejidos repercuten en el interior de los sótanos y algarines con extrañísima resonancia, y parece que se oyen dentro de cada local susurros dolorosos, palabras escondidas y lamentables.

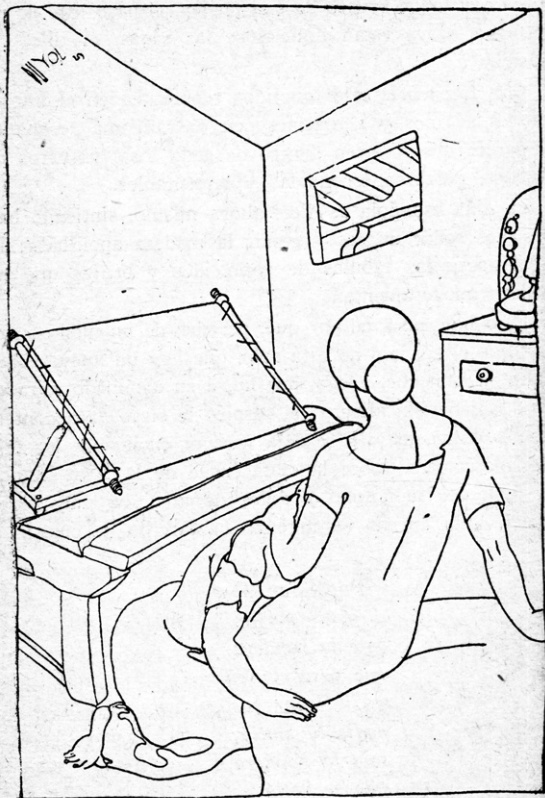
La niña española se dice, ahora mismo, sintiendo bajo sus pies rodar un eco y gemir la madera apolillada: De aquí nacen las fábulas de aparecidos y brujas que nos rodean miedosamente...

Pero hoy, no sabe por qué, percibe, de un modo singular, que el silencio no está solo, que hay un nuevo sobresalto en la noche. Llega, por fin, a su empinado mirador, y se detiene, sin aliento; el respiro le sirve para contemplar la Luna, que allí se deja ver por encima de los tejados, derramada sobre la cinta lueña de la Mar. Y nota el soniquete monótono y dulce de una voz muy joven, que levanta apenas un ingenuo cantarcillo de cuna:

*Papá San José,  
sargento mayor,  
bate la bandera  
que pasa el Señor.*

*El Señor pasó,  
nadie lo sintió;  
sola la bandera,  
sola se batió...*

*Esta guagua linda*



*tiene mal dormir,  
cierra los ojitos  
y los vuelve a abrir...*

Soledad se conmueve; las coplas amerindias, aplicadas a su hijo en una *oba* maternal, con íntimo sentimiento de ternura, le transen de gratitud.—¡Qué buena compañerita hallé!—alaba mentalmente. Y entra en la habitación donde surte el cántico pueril.

Doralisa, envuelta en su propio acento como en un refugio que le atenúa el espanto, no siente llegar a la señora y lanza un grito, semejante al que hace poco resonara en el túnel del portón.

—¿Te he dado susto? ¿No me oías venir?—pregunta Soledad acogiendo al chiquillo, que se despierta y le tiende los brazos.

—¡Ay, señorita, qué miedo tan horrible!... Era verdad lo de los duendes y endiablados... Ya me lo habían dicho los cargadores, los mozos que traen boletos al Administrador... y también Lucas Gil.

—Vaya mujer, sosiégate; ya estoy aquí yo... ¡No sé por qué te cuentan esas cosas!

—¡Sí, sí!; en esta casa penan las ánimas del purgatorio, y arman unos sonidos atroces en cuanto se hace oscuro el día.

—¿Es posible que lo creas?

—¡Sí, sí!; hoy les toca la penitencia a los herreros, porque se oyen rodar muchos ferrajes, y golpes como de yunques y martillos...

—¡Pero, criatura!

—¡Ay, señorita de mi corazón!

La muchacha deja salir los hipos y sollozos que contruvo a solas con el nene, perdida en su terror, cantando para ensordecer con su balbuciente arrullo al fatídico *arrastré de cadenas*. Ahora se desquita de la queja y el lloro, con la cara entre las manos, y aun extrema sus lamentaciones para que la consuelen, mientras el chiquitín juega con los bucles morenos de su madre, muy caídos los dorados ojos, que se apagan de sueño. Ella lo reclina en su enfaldo, sentada junto a la zagala llorosa, y le mece en tanto que procura ahuyentar a los malos espíritus, que al parecer reviven en el viejo caserón.

La enérgica estirpe de Soledad se sobrepone al contagio de aquel agreste pavor que la india manifiesta. Oculta la señora lo que le acaba de suceder, se domina y trata de persuadir a su sirviente.

—¿No comprendes que cualquier ruido natural lo has tomado por cosa del otro mundo? ¿No sabes que es pecado creer en agüeros y supersticiones?...

—¡Ay, señorita!...

—¡Vamos, atiende! ¿No me ves a mí, serena, impávida, sin pizca de temor?

—Es que lo disimula.

—Te equivocas.

—¿De veras no teme?

—A los vivos sí, un poco; a los muertos, no.

—Será que no ha escuchado nunca la corrida de los fierros, el golpe de las herramientas, el alboroto oculto ahí abajo...

—¿Por qué no avisaste a “ño” José María?

—¡Bah!... El dice siempre que nada oye. Está sorio,

lo mismito que su vieja; y se habían acostado. No pude ni moverme; agarré a la guagua contra mí, temblando como el azogue y me puse a cantar para no morirme.

—Estarías a oscuras...

—No, que había prendido entonces el quinqué.

—Bueno, pues, ya se acabó. Yo cuidaré mucho de no venir tarde y tú no volverás a tener miedo: está dicho. Enciende la vela de mi cuarto para acostar al nene. Y cenaremos.

Doralisa, muy suspirante y preocupada, obedece y dispone la frugal colación, mientras desnuda Soledad a su hijo, sin despertarle, y le acomoda en la cuna de mimbres que aun lleva el nombre de Moisés, como recuerdo de una legendaria cesta navegante por el Nilo.

Después de cenar, la bordadora prepara unos dibujos, esperando que su doncella termine el arreglo de la próxima habitación, donde una anafe sirve de cocina y un biombo recoge a un lado silla y mesa, con aspiraciones de constituir el comedor: por la puerta franca entra desde la galería toda la luz del Cielo.

Está callado el edificio; ningún rumor de la solitaria calle sube a la morada escondida, y, de pronto, algo incomprensible surge en ella, un estruendo de músculos metálicos, engranaje de rueda fabriles, choque de máquinas, insensato galopar de herraduras, de trenes o de monstruos.

Doralisa, con los ojos hundidos y el color encerado, corre a unirse con su señora, la abraza, la besa, le dice mil horrorizados disparates.

—¿Oye? ¿Lo siente? ¿Lo ve? Mire como era cierto...



¡Aguaita! Ahí están las agüerías, los difuntos, los demonios... Vamos a rezar, a escondernos, a escaparnos... ¡Ande, camine, tome al niñito, haga como yo la señal de la Cruz!...

Y la mozuela, desfallecida, suplicante, cae de hinojos presa de un terror animal, con el alma tenebrosa y livida. Es un ser débil y salvaje recién amanecido a la primavera misteriosa del pensamiento, como un párvulo; indócil a la penetración de las cosas a oscuras... ¡Qué lejos de Soledad!

Ella sabe que vive con dos niños, y lo atestigua penosamente en el trance sombrío de esta noche. Levanta a su compañera, sosteniéndola con grave dulzura, y habla, discute, insiste en defender la seguridad del albergue; pero se diluyen un poco sus frases de animación ante los hechos consumados.

Y apela a toda la bizarría de su talento, a toda la fuerza de su carácter vertical, para conseguir un equilibrio de sensatez entre las realidades de aquellos ruidos sinuosos y la exactitud humana de la vida; lo acaba de decir, y es verdad: no teme a los muertos, sino a los vivos.

Discorre que puede haber ladrones en los almacenes; algún desprendimiento de tabiques o materiales en la cauduca fábrica; un cajón de mercancía que se desploma; un ejército de ratas que invade los graneros... Estas suposiciones, y muchas más, las utiliza con elocuencia y valor, deseando convencerse de lo que dice... Se hará un registro escrupuloso en las bodegas, se avisará a la policía si fuere necesario... ¡Quién sabe!..., acaso un taller de moneda falsa en el subsuelo, una filtración del Pací-

fico en la roca madre del litoral: algo que no se percibe durante el bullicio de los días y que retumba sólo por las noches. Pero no el blando surgir de los fantasmas ni el secreto espectral de los aparecidos, no; hay que resistirse en absoluto a esa idea.

—Ya no se oye nada—termina Soledad—; ha sido cuestión de unos instantes.

—¡ Volverán!...

—¡ Qué han de volver! ¡ Ahora pones tu colchón en mi gabinete para que estés más tranquila; te acuestas, y a dormir.

—Pero... ¿y usted?—interroga la niñera confusa entre la admiración y el pánico.

—Tengo que trabajar y velaré. He perdido hoy mucho tiempo...

Doralisa une a su genio afable una inconsciente obediencia a la ley del servicio, que es la renunciación, y un entusiasmo casi religioso por la española. No replica. se somete a la suave autoridad de aquella otra mujer que desconoce el miedo, y lleva su petate junto a la cama de la señorita.

Aquel imprescindible trajín despierta a Alfonsito, y la madre acude a mecerle. Es ella quien entona la nana castiza de Chile, llena de alusiones crédulas y raciales.

*La Virgen lavaba  
San José tendía  
y el Niño lloraba  
de frío que hacía.  
Señora "Santana"  
abuela de Dios,*

*duerme a la guagüita  
de mi corazón.*

*Cállate "mijito"  
que tengo que hacer  
lavar tus pañales  
bordar y coser...*

---

---



---

---

IV

DIA CRITICO

**T**GDAVÍA no se acuesta Soledad. Torna a bendecir el sosiego de las dos criaturas que guarda, y se agita en las violencias de sus indignaciones, hasta que la noche se va mar adentro y llega el aire fino del amanecer; un agudo soplo que empalidece a la luna caminera y espabila en el vecino guayacán a los pájaros cantarines.

La niña veladora siente frío, le arden las sienes y respira el aliento de la madrugada con un extraño ahogo.

—¡Tengo calentura!—se dice, desnudándose, al fin, callandito para que dure el buen descanso de sus compañeros.

Y apenas se tiende en la cama ve levantarse a Doralisa olvidada en absoluto de ayer, placentera, sonriente, apoyando los anchos pies en el suelo con esa fuerza de los seres libres y jóvenes que nada temen del porvenir.

A Soledad le parece aquélla, otra mujer muy distin-

ta a la que se acostó anoche con los ojos acuevados, lleno de terror el amarillo semblante. Habla despacio la india, a escucho para no despertar al niño, y su lenguaje le refiñe a la señora con la frescura de unos vocablos nuevos, recientes, acabados de lavar o de nacer.

En contraste con el lienzo blanco de la camisa, destaca la moza su carne potente y oscura, mientras se viste. Le reluce la piel tensa y bruñida, le crece el brillo de la mirada. Y comienza su diario quehacer mesurado el andar, las manos lentas. Va por agua al patio, abre toda la galería para tender al sol la ropa de Alfonsito.

La mañana entra en las habitaciones con una claridad lechosa como un vaho de incienso. El nene, que ha despertado, se briza solo, charlotea y se divierte al compás de la cuna. También sabe un idioma nuevo, dice unas sílabas originales, creadas ahora mismo, como fruto de una era cristalina en el arte humano de la expresión.

Las pupilas atónitas del chiquitín descubren los objetos con una ansia vehemente de poseer. El niño adquiere un mundo en cada cosa que alcanza con los ojos, y estira los brazos hacia su adquisición.

—¡ Se va a caer!—teme la madre, que le observa desde su lecho febril. Y pide a la niñera—: Dámele acá.

Doralisa obedece muy habladora. Cuenta que abajo están hoy abiertos los dos portones, el de la entrada habitual por la calle de Yungay, y el otro, cercano a la Gran Avenida y al Malecón. Esta segunda portalada se acerca al nuevo ensanche de Valparaíso, a dos pasos de los muelles.

—Es día de mucho traspordo—advierde la zagala con-

tenta—; dice Lucas Gil que hasta la noche han de estar cargando balas y fardes... Por ahí camina Julián con la peonada, haciéndome la ronda como un gallo...

—Ten prudencia.

—No me importa a mí ese curao, remoledor.

—¡Niña!

—¿No *sabis* que él toma hasta curarse y alueguito se gasta el jornal en remoler?... ¡Vaya un novio!

La chica hace un gesto despectivo y cambia de conversación, aseando al nene sobre la cama de su madre... Lucas ha leído en *El Mercurio* que hoy va a temblar...

—Sí, hoy; ¿a cuántos estamos?—interrumpe la señora.

—No lo sé, amita.

—A veinte. Sí, es cierto. Se anunciaba un temblor: *Día crítico de primera clase* decían los periódicos. Lo había olvidado. Debía ser por la mañana, a las doce... ¿Tendrás miedo?—indaga Soledad, con tal angustia, que, de repente la mozueta se fija en aquel demudado rostro averiguador.

—¡Ay, está enferma!—exclama. Toca delicadamente las manos primorosas, busca los ojos que se hunden en su triste color carmelita, sin los destellos iluminadores.—¡Está enferma!—repite consternada—. ¡Y yo no lo sabía! ¿Es por mi culpa? ¿Porque anoche fuí aguasa-la y cobarde?

—¡No, mujer!

—¿Porque la patroncita se quedó a trabajar, solita y su alma, y yo me puse a dormir igual que una torpe, sonsa?

—Te digo que no: esto se me pasa en seguida—insiste

Soledad—. No te preocupes. Mira: vas a hacer lo que te mande.

—Sí.

—Yo no tomaré más que agua.

—Y una mijita de leche.

—Bueno. Traes ahora del Despacho lo que necesites, para no volver a salir; preparas tu comida, atiendes al niño y te estás por aquí cerca.

—Y no le temo a nada, a naitita más. Ya vide los almacenes abiertos sin fantasma ninguno. Con nadie conversé allá abajo de las apariciones y los ruidos: de día conozco bien lo estúpida que soy. Y ahora tengo coraje; estoy brava... si tiembla... ¡que tiemble!... En Chile pasamos así cada ratito: es siempre la misma cosa... En España no tiembla; ya lo sé... Pero aquí los diarios también se confunden, ¿cómo no?... Vos te quedas acostada y alentadita, sin susto; porque yo vuelvo al tiro, y ya no me paro de aquí...

La moza, inspirada elocuente, mezcla los tratamientos y los matices de su charla singular, en tono mayor, erigiéndose en protectora de la señorita, en enfermera y responsable de quanto allí ocurra. Compone el gabinete, cuida al niño, lo deja gateando en el suelo, y se prende el manto nacional sin cuyo requisito, más o menos elegante, no actúa fuera de su casa ninguna chilena pobre que se estime.

Soledad oye a la muchacha desde el extravío de su postración, la ve salir y no tiene ánimos para hacerle una advertencia más. El comentario sobre aquel probable accidente sísmico la conturba, por la situación en que



se encuentra. No confía mucho en la serenidad de Doralisa, ni en la equivocación del anuncio, que no suele fallar, y que esta vez reviste caracteres alarmantes. ¿Cómo pudo olvidarlo?

Sólo ha conocido la española dos temblores, leves, desde que está en Chile, hace año y medio, y los notificó la Prensa, como ahora, con la debida anticipación, mediante la consabida manera popular del *Día crítico*, frase que apenas tiene importancia en tierras de volcán, si no se le atribuye una categoría de excepción... ¡Y aquel piso tan alto!

La enferma siente crecer su querido albergue como la espuma de un violento mar; es un débil refugio que sube, amenazado de caer; un temerario nido como únicamente lo habitan las palomas en estas casas porteñas; donde ningún desván consigue las alturas de semejante galería luminosa y extraña.

Alfonsito, cuyos trece meses aún no se ponen de pie, corretea feliz por la habitación, se aproxima a la cama y tira de la colcha gorjeando, charlatán, diciendo cosas inteligibles sólo para su madre, que apenas le escucha.

---

Corre enero. Hace un calor propio de este clima benigno.

Julián Bermúdez suda, tirando de su vida jadeante, en el acarreo mercantil, para después, dejar las ganancias en los boliches nocturnos, desesperado por la mala suerte de sus amores. Y aun aprovecha todas las oportunidades para cortejar a Doralisa, "arras-

trándole el ala" cada vez que ella cruza por el patio, armonioso el ritmo de su cuerpo gentil.

La muchacha menudea tales paseos, gozosa de lucirse ante el hombre postergado, que ya no le gusta, y de coquetear con el otro, siempre que hay ocasión.

Pero hoy anda muy diligente, y, luego de aprender las noticias de la mañana, apenas se ha detenido con "ño" José María para decirle que "misia" Soledad está enferma, y que tiene mucho quehacer.

—¿Llamaste al doctor?

—No consiente la patroncita.

El viejo se queda pensativo.

—Pues si algo necesitáis, aquí estoy—obsequia.

Todos quieren a la niña española, a excepción de Julián Bermúdez, dentro del edificio comercial. Es tan seria y linda, tan dulce y desgraciada, que hasta los cargadores y los últimos subalternos de las bodegas le tributan su admiración y le hacen la cortesía...

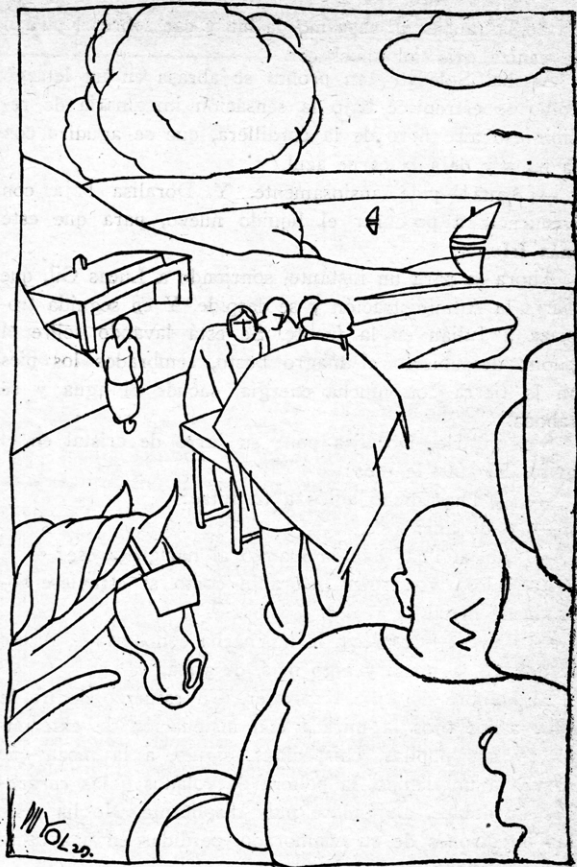
Las doce dieron hace más de dos horas.

—No hubo temblor—dice Lucas Gil, en la oficina de su padre. Y "ño" José María, experto y receloso, manifiesta:

—Lo puede haber: ha cantado mucho el faisán y está oprimido el sol.

—¡Quién sabe!—duda el mozo, con esa indiferencia pesimista de los indios, que a menudo se convierte en un estupor absoluto.

Pero el día transcurre sin ningún accidente notorio. La activa jornada de los almacenes toca a su fin; que-



da en las nubes un espasmo de luz y cae sobre el puerto la ceniza gris del anochecer.

Arriba, Soledad, tan pronto se abrasa en un letargo como se estremece bajo la sensación imaginaria de recibir ese aire fiero de la cordillera, que se agudiza con la puna y deja la carne azul.

—¡Agua!—pide ansiosamente. Y Doralisa baja con frecuencia a procurar el líquido nuevo, para que esté más frío.

Ahora se para un instante, sonriendo a Lucas Gil, que cierra la Administración y se despide. Y en seguida tropieza a Julián en la fuente. Se está lavando sobre el pilón; descubierto el magro busto, sembrados los pies en la tierra con mucha energía, sacude el agua y se jabona.

Sin mirarle, Doralisa pone su jarro de cristal en el grifo. El roto le dice:

—¿Ya l'has dicho adiós a tu futre?

—¿Y de ahí?

—¿Qué si l'has dao la manito al narigueta ese?

La celosa voz suena vibrante como si estuviese forrada de metal.

—¡Nañay!—desprecia la muchacha con burla—. A ese le doy yo la mano y algo más, de yapa.

El hombre no sabe responder. Un esfuerzo de ira le sube a los ojos la mirada con insinuación de exterminio, y sus pupilas, chispeantes, siguen a la moza que roncea a un tiempo, la pollera de volados y las *caravanas* de dublé, alejándose muy displicente. No ha visto las intenciones de su enamorado, perdidas en una oscuridad estrecha.

## TIERRA MADRE

**E**STÁ el nene acostado en su brizo, la enferma sumida en un éxtasis caliente, sin pensamiento ni sentido normal. No duerme ni sueña, y, no obstante, percibe un aura de terremoto a su alrededor. Supone que si habla es para anunciar la catástrofe, porque le quema en los labios el tizón ardiente de las profecías; y esconde las palabras que pudiera decir. Toda la miel de la juventud se le derrite en el calor de los huesos, dejándole sedienta la boca, que sólo pide agua.

Flota en el gabinete la tenue claridad de la tarde, que se apura. Doralisa va a encender una lámpara de petróleo y la señora la contiene, con un visaje y una súplica:

—¡ Espera!

No está conforme la muchacha con la oscuridad.

—¿ Y de no?—interroga, bajito, medrosamente.

—¡ Espera!...

Entonces mismo, un estremecimiento espantoso y profundo sacude toda la casa. Viene con un largo rugido, inolvidable, desde las entrañas telúricas, y produce una ondulación siniestra, en la cual huyen las paredes y falta el suelo.

Con una rapidez inconcebible ha saltado de la cama Soledad. Toma a su hijo, y un valor sobrehumano la sostiene, lúcida y despierta, denodada.

—¡ Sígueme, ven!—le impone a Doralisa, con una voz que no parece suya.

Atraviesan fantásticamente el extenso corredor donde los cristales se destrozan y las ventanas se rompen. Y ganan la escalerilla espiral cuyos tramos semejan olas encrespadas y duras. La tiniebla duplica los peligros.

Soledad mantiene al pequeño con el brazo derecho, y con el otro se apoya en los tabiques inseguros, buscando la parte más ancha de la escalera y temiendo a cada instante rodar. Los últimos peldaños los baja de rodillas, hincada su mano libre en el escurridizo sostén.

Detrás de las dos mujeres se desploman adobes y maderas; hay negros estampidos en techumbres y ba-randales; se desquician los dinteles; se abre el pavimento. Doralisa, aterrorizada, depreca y gime a grandes voces y dificulta la salvación de los tres porque no suelta a la señora.

El portal; la miranda inferior; otra escalera; el patio. Un trozo de alero se hace aficos delante de las

fugitivas. Los temblores se repiten con intervalos muy breves; son lineales, ondulatorios, horrendos.

En el espacioso cuartel, bajo el cielo clemente y azul, reina la más desesperada confusión. Los hombres, los animales y la Naturaleza, padecen el movimiento espasmódico entre alaridos y plegarias. La mujer de "ño" José María se ha desmayado. Los braceros, que prolongaban allí su palique demoroso, cumplida la obligación de la tarde, parece que aumentaron, según lo que se mueven y alborotan. Corren y no salen, aunque los dos portones continúan abiertos; rezan a gritos, pidiendo tregua y piedad, no saben a quién.

Han entrado, enloquecidas, algunas mujeres, extrañadas en su fuga, y el patio se llena de un terror cósmico, invencible. En aquel racimo de plebe delirante, se formulan votos para toda la vida, se prometen a Dios los sacrificios más imponentes y arbitrarios.

—¡Perdón!!

—¡Misericordia!!—son las palabras que se escuchan entre los llantos y el vocerío. Alguien, de hinojos, con los brazos tendidos a las estrellas, hace la confesión pública de sus errores.

Un caballo "aguilón", desasido del pesebre, relincha con violencia desatinada, trota y eriza las crines, a ciegos tumbos por el adoquinado que se resquebraja y ondula. El perro lanza desgarradores aullidos.

En medio de tal caos se dirigen Soledad y su compañera, maquinalmente, a la salida de Yungay, cuando un hombre se les acerca, un bulto más, trémulo y huído, que balbuce:



—¡ Por allí, al ensanche, lejos del caserío! ¡vayan no más! ¡apúrense!

El mismo les tuerce la dirección empujándoles hacia el Norte. Y pasan, corriendo, debajo del guayacán.

Estremecido hasta la cruz el recio árbol solmena sus quimas perdidamente, clavándolas con furia en el vacío, como si buscase el arraigo que pierde en la tierra; el soplo brusco de la ramazón esparce un lamento largo y fúnebre de criatura vegetal que agoniza.

---

Una multitud desaforada cunde por el extrarradio, alejándose de los edificios, disputándose el rumbo hacia la Gran Avenida lindante con el mar, y a medio construir.

Este primer trozo del paseo ya tiene árboles y bancos. Aquí arriba Soledad con su carga y su doncella.

Los temblores disminuyen ahora. Pasan los instantes en una quietud extrañísima; pero la gente continúa dando expansión a su miedo bestial. Apenas si algunas voces serenas, algunos ademanes viriles, tratan de imponerse al tumulto de esta escapatoria furibunda.

Hay atropellos, choques y víctimas; insultos, amenazas y desquites. Puede haber robos y asesinatos; pero ni una sola frase soez contra la divinidad. Los indios, que no juran ni blasfeman, por costumbre, se desmandan aquí contra el mal incomprensible y secreto con un pánico religioso en el cual no tienen cabida nunca los ul-

trajes a Dios, sino al contrario, las oraciones y los tributos más llenos de un creyente frenesí...

—¡Ay, Jesús!—. Este grito de Soledad, el primero que exhala, va unido a un desfallecimiento extremo. —¡No puedo seguir!—lamenta su desatada amargura. Y se vence con lentitud, para no lastimar al niño, hasta sentarse en el suelo.

Al lado suyo parece que Doralisa recobra algo de su lucidez: —¡Está enferma!—insiste, acordándose de los minutos anteriores—. ¡Páseme la guagua; descanse un poco, amita!

Le ciñe con esmero el largo camisón hendido por un costado, quizá mediante los tirones que la misma zagalá dió a esta prenda única de la señora. —¡Ah, tiene partida la bata! ¿Y qué vamos a hacer?—se pregunta con grave pesadumbre, como si esta nueva calamidad fuese la mayor.

Pero hay otra. La madre, que no cede el peso de su su hijo, confiesa:

—¡Me duelen mucho las heridas!— Y señala, desnudos, cortados, rojos, los pies valientes que ya no pisan en una tierra firme.

—¡Sangre, cuánta sangre, Padrecito Dios!—advierte consternada la portañá, hincándose rendida ante el líquido vital que ha echado su flor en el polvo...

Aquel hombre de antes vuelve sobre el grupo lastimero.

—¿Por qué llorás?—dice—. Ya no tiembla.

La muchacha le reconoce, le afronta, mirándole de hito en hito.

—Podías subir a los altos de las bodegas 99, y acercar un traje y unos botines para la señorita. ¡Andate, Julián, sube y te lo agradeceré!... Se ha ido el temblor; no hay cuidado... Y ella está enferma, está herida...

—¡Ni por nada!—responde el enamorado con un despecho bien rugido... Que suba tu pobrecito y se deje allá el cuero.

Habla sombríamente Julián Bermúdez, con un gesto cínico, torcida la expresión.

—¿Ni por nada?—repite la joven erguida, retadora. Y él susurra:

—Por algo sí... por lo que sabes tú...

El pálido color de estas palabras, dichas obstinadamente, se diluye en el tumulto de carreras y gritos. La muchacha podía ofrecer y luego no cumplir...

Observa a Soledad, que enmudece estrechando a su hijo, acostada en el suelo, y con furiosa caridad le besa los pies una arcilla exangüe, triste planta del dolor humano que no logra en la tierra un poco de benigna dulzura.

Julián, terco y celoso, clava el espolón de sus deseos en la atribulada niña. Ella le vuelve a considerar, un instante, sigiloso y taciturno, rudo el cabello como las uñas, áspera y agresiva la intención. Y, de pronto, se levanta, ágil, intrépida, con el terrible coraje del sacrificio.

—Voy a buscarle ropa, señorita, y medias y zapatos —anuncia, estirando la voz, como si enviase a mucha distancia su promesa—. No se mande cambiar; ahorita vengo.

Y desaparece sin recoger una débil súplica:

—¡No, no te vayas!... ¡no!...

Ya está lejos. A Soledad, desde su hundimiento, le parece distinguirla en el espacio, soliviada como una pluma, etérea, volátil. Imagina que solamente con unas alas podrá subir al nido roto, colgado del oscuro tejaz-roz. Ve destruída la tortuosa escalera de espiral, siente caer ladrillos, arenas y tablas en los tétricos almacenes. Y piensa: Es posible que estén llenos de brujas; ¡es posible!...

Se habrán escapado allí los difuntos y los penitentes, y andarán sueltos con las cadenas ruidosas por la calle... O serán demonios, ladrones... ¡Mi niño!—ímplo-ra, tratando de retenerle, con toda la fuerza de su vida.

Es que alguien se agacha sobre ella con ademán de hurto y sonrisa feroz, y como no tiene joyas, ni siquiera vestidos, no le pueden robar más que su carne, la carne inocente de su criatura.

No le asiste la energía necesaria para evitarlo. Al primer tirón Julián Bermúdez se lleva al niño, que en todo el episodio frenético de esta noche no hace más que sonreír, y ahora, espantado, se echa a llorar.

Pero nadie repara en tan leve cosa: un llanto infantil, una voz sollozada de mujer... ¡Bah!

La muchedumbre desfila, crece, se acomoda, igual que en un campamento. La explanada es grande, y los vecinos del Almendral se dispersan aquí tomando sus posiciones como propietarios contra los habitantes de los cerros, que bajan desolados y bruscos a la llanura.

---

---



---

---

VI

DORALISA

**U**N nuevo remezón. Es vibratorio; tiene algo de torbellino geográfico, y parece que se transmite a las estrellas, según lo que oscilan, más palpitantes que nunca.

Las acacias del paseo mueven las hojas con dramático silbido, palpan el aire de un modo sobrenatural, acusan de una posible conciencia de linaje superior y los clamores subterráneos percuten inauditos, roncós, tremendos.

Vuelve a surgir un inmenso pavor hacia lo irremediable, y colma la tragedia el temido anuncio, que disparatadamente circula:

—¡ Se sale el mar!... ¡ El mar!... ¡ El mar!...

Es una voz sola, turbia y distinta a la vez, un bramido fabuloso que atraviesa el ensanche como un cañonazo, arrastra la ciudad, sube a los cerros, y para a la gente, que de allí descendía en aluvión.

Maltratada por el reflujo indescriptible, envuelta en aquel espectáculo monstruoso, una niña se defiende, sobresale, corre, pide, busca y encuentra a Soledad, por milagro inmune a la trituración y acabamiento. Pero no tiene en sus brazos al chiquitín. Esto es lo único que Doralisa ve, después de comprobar que existe la señora, que está entera, responde cuando le hablan y discurre, aunque vacila en sus ojos la razón.

—¿Ha sido Julián?—pregunta sordamente la india, postrada junto a la madre.

—¡Sí!—clama ella con infinita zozobra, incapaz de moverse, encadenada por el daño físico.

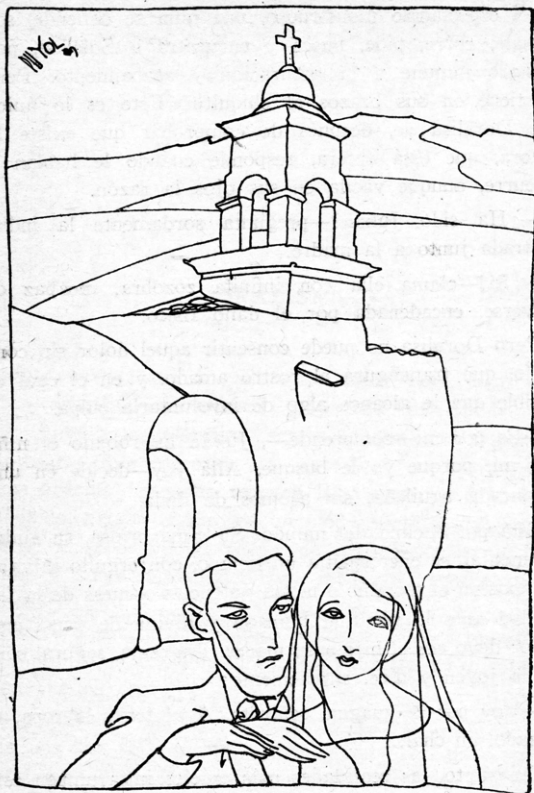
Pero Doralisa no puede consentir aquel dolor sin consuelo, que transfigura el rostro amado, y en el cual es posible que le alcance algo de involuntaria culpa.

—Es por mí—comprende—, Julián ha robado el niño por mí, porque yo le busque. Allá voy—decide en una arrancada aguileña, sin asomos de duda.

Está por encima del mundo. Su alma briosa, su audacia mental, se enrespan a un tiempo, con orgullo salvaje. No existen el terremoto ni las potencias oscuras de la fatalidad ante la plenitud humana y divina de aquel empeño: devolver el hijo a su madre. Engreída, segura, sonríe la joven y dice, simplemente:

—Voy por la guagua, señorita. Aquí tenés la ropa, el calzado, un chal...

De súbito, las realidades más crueles interrumpen esta maravillosa enumeración. No se puede abandonar entre el arrebató del pueblo a la mujer que apenas logra incorpo-





rarse y en cuya existencia vive, casi solo, el mecanismo esencial de la mirada.

Y Doralisa acude a su fe, clara y brillante con una senda matinal.

—Señor de la Buena Esperanza... Diosito nuestro —reza elevando su petición a las nubes—. ¡Asómate acá para darne socorro!

Se ha convencido ahora de que el cielo no tiembla, porque sostiene muy quietecito el pan blanco de la Luna: en las tierras azules del Señor deben reinar los apacibles goces.

La niña aguarda, creyente, atisbadora, muy abiertos los ojos que han de ver el prodigio, y al punto se conmueve, llama, gesticula:

—¡Don Medina!... ¡Señorito!... ¡Atienda, ché!... Por este lado, ¡oiga!

Un hombre recibe con afán la voz entrañable que hien- de el estrépito como una flecha. Y Arturo Medina, solí- cito, pesaroso hasta la congoja, escucha el siniestro re- lato de la zagala, mientras ella cubre a Soledad con el desdob'ado pañolón.

Rondaba el mozo, lleno de inquietudes, por aquel si- tío del ensanche donde parecía natural que la española se hubiera refugiado. Y aquí la tiene: arde y se agita como si el accidente sísmico le comunicara su calentu- ra y su estremecimiento.

El que ayer mismo la vió, denodada y sabrosa frente a las mayores oscuridades de la vida, hoy la encuentra inerme y desnuda, en trance de morir, robado el cora- zón: ¡qué terrible luce su doloroso atributo de sole-

dad!... Ya no le queda nada entre las manos artistas y sensibles...

---

Arturo Medina, feliz en medio de su consternación porque se acerca a la amada con los propósitos más caballerescos, intenta resolver cuanto con ella se relaciona del modo más urgente y delicado. Y ofrece, en alta voz, dinero abundante a quien le traiga un coche.

Algunos hay, tirados por débiles pencos, no muy susceptibles a la alteración volcánica: llevados de la brida, con previsora lentitud, arrastran sus vehículos de alquiler bajo la explotación del *valiente* que exige un dineral por su servicio.

Espera Medina obtener uno sin apartarse de Soledad, en tanto que procura infundir a su pobre amiga ilusiones y ánimos. Necesita convencerse de muchas cosas, tomar sus precauciones, atender a distintos aspectos bárbaros de la jornada. Y retiene a la miñera, que se quería ir.

—¿Tú sabes, de seguro, dónde vive ese ladrón?

—Lo sé. Vive alláito de las Delicias, más distante. Acierto, señor, y me regreso, al tiro, con la guagua.

En los ojos brunos de la porteña se leían con enternecedora verdad todas las concesiones humanas que pudieran garantizar el rescate del niño.

Pero Medina no se asombra tanto de aquella mirada elocuente como del arrojito que supone el subir a la cumbre de las bodegas 99, arruinadas y temblorosas, para conseguir unos modestos vestidos.

—¿Cómo fué?—pregunta, admirado y curioso.

—Atiné seguidito por la escalera y agarré, ligero, lo que me hacía falta: a oscuras como un gato.

—Yo estuve allí. El caserón se deshace; me pareció que arriba no quedaban más que los muros.

—Y el ajuar de la señorita partido: sobre la cuna se cayó una pared.

—¿No tuviste miedo?

—Ni lugar de sentirlo... Llegué volando, no sé cómo—dice la muchacha, a sovoz, con una poderosa humildad. Y repite más alto: —¡Adiós, señorita!, voy por la guagua. Vos te quedás con don Arturo: ¡ya vengo!

La madre cruza sus manos vacías, con ansiosa gratitud; aunque permanece muda, quizá en su fuego interior se queman las palabras. Otra vez sus grandes ojos febriles siguen a la chicueta endeble, que se empina en vilo, rápida, aligera entre un enjambre negro de personas irresolutas.

Arturo Medina corre, aún, detrás de la heroica viajera:

—Atiende y fijate bien.

—Sí.

—Voy a llevar a tu señora con mi familia; la casa, hecha a prueba de temblores, es de un solo piso bajo: calle de la Esmeralda, número 22. ¿Te acordarás?

—Sí.

—A la hora que tú llames yo te recibiré.

—Llamaré a media noche—pronuncia Doralisa, firme como un oráculo.

—Toma plata—dice el caballero alargando su portamonedas.

—No es menester.

—El roto ése te lo va a exigir.

—¡Quién sabe, señor!...

Y la muchacha, que ya no es un animal perdido en la locura del terremoto, huye sonriente. Ni siquiera oye aquel grito funesto y atroz:

—¡El mar!... ¡El mar!...

Cunde la amenaza y se recrudece en memoria de otros días de luto, anales viles del Pacífico. Pero hoy la órbita del puerto continúa levantando a los horizontes su pupila serena y azul.

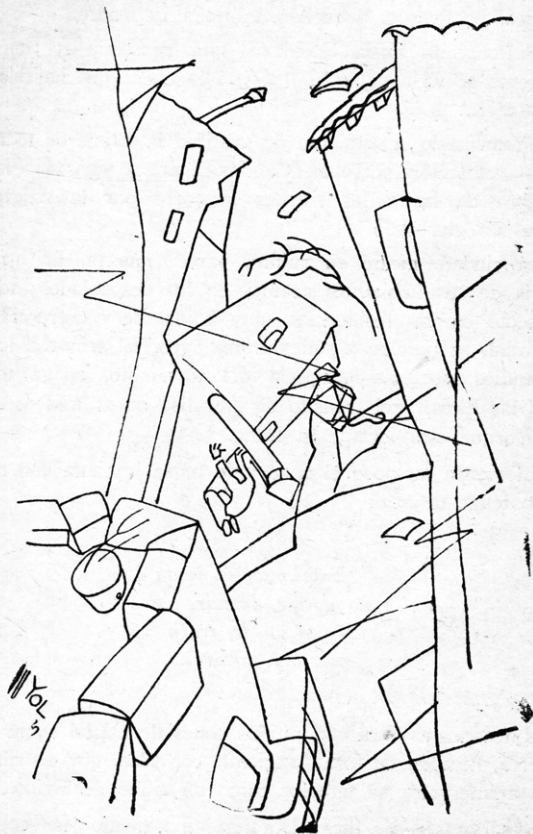
---

Noche horrorosa y bella; al filo de su mitad, Doralisa marcha entre sepulturas y escombros, con su nene en los brazos, en busca de la mujer española, que al buen amor de un chileno debe la hospitalidad más dulce y santa de su vida.

El pequeñín se impacienta, nervioso, al cabo de novedades y sustos, aunque ha sido tratado como un precioso rehén.

Y la muchacha, que para merecerle sacrificó lo más íntimo de su juventud, con pureza única, vuelve del viaje infernal señalada por una tristeza llena de valor. Ni leyes, ni policías, ningún resorte civil, hubiera librado a Alfonsito del brutal secuestro aquella noche memorable y destructora.

Doralisa tuvo en su poder la solución del mísero pro-



blema, y, sencillamente, con una simplicidad brava y rústica, portentosa, devuelve el hijo a su madre.

—¡Pobrecita misia Soledad!—está pensando—; ¡qué contenta se va a poner!... ¡Y con lo buena que ha sido para mí!...

Un primario sentimiento de gratitud la exime de toda otra meditación personal. Camina ligera y cansada; la sombra de las calles silentes le corre por la sangre como un gran frío.

La ciudad, medio en ruinas, parece muerta. La mayoría de sus habitantes acampa en los despoblados; sólamente en las residencias muy bajas, de construcción especial, se percibe algún síntoma vivo. El temor a los incendios, segunda peripecia del terremoto, apaga todas las luces, y el tránsito de Doralisa no es más oscuro porque está levante la Luna.

Lloriquea un poco el nene y la moza le canta con un hilo tenue de voz:

*Esta guagua linda  
no quiere dormir,  
porque no le traen  
flores del jardín...*

La canción vibra con nítidos sonos de cristal sobre la tierra, hendida en fosas, rugiente, convulsa, que distribuye a intervalos su temblor como un ritmo geológico.

—¡Flores!—se dice Doralisa mordiendo la copla,

mirando en torno suyo—. ¡No las hay más que en las alturas del Padrecito Dios!

Sube la frente y acelera el paso, animada por la acción virginal de las estrellas y los pensamientos...

*Carocha Lupina*

---

